

# 2

RUBÉN DARÍO



## RUBÉN DARÍO

(Metapa, hoy Ciudad Darío: 18 de enero de 1867 — León: 6 de febrero de 1916).

El sólo nombre de Rubén Darío explica el florecimiento actual de la literatura hispanoamericana, y que el español se cuente aún entre las lenguas vivas. Sólo él le devuelve al español el oro de su siglo de Cervantes, Góngora y Quevedo. Fundador de las letras nacionales, Centroamérica conquista en él y por él su universalidad. Cabeza visible, capitán de la insurgencia literaria que en el continente se ha llamado modernismo. *Gentleman* e hidalgo. Cosmopolita y siempre nicaragüense; diplomático de su patria en 1892, 1906, 1908 y 1910, y de otros países, tales como Colombia y Argentina. Traductor, conferencista en el Ateneo de Madrid y en la Universidad de Columbia. Periodista: fundó, dirigió y colaboró en revistas y diarios de su Nicaragua, El Salvador, Guatemala, Chile, Costa Rica, Argentina, España, Francia, etc., tales como *El Termómetro*, *El Ensayo*, *El Ferrocarril*, *El Diario Nicaragüense*, *La Juventud*, *La Unión*, *La Prensa Libre*, *Diario de Centroamérica* y *El Correo de la Tarde*, *El Herald*, *Diario del Comercio*, *Revista de Costa Rica*, *El Mercurio*, *La Época*, *Revista de Artes y Letras*, *La Nación*, *La Tribuna*, *El Tiempo*, *La Vida Literaria*, *La Ilustración Española*, *Mundial Magazine* y *Elegancias*. Y amén de todo esto, y sobre todos, poeta, el más alto lírico de los últimos siglos de la lengua española. Su producción en verso y prosa está recogida en los siguientes libros: *Epístolas y poemas* (1885), *Abrojos*, *Emelina* (novela) y *Rimas* (1887), *Azul . . .* (1888), *A. de Gilbert* (1890), *Los raros* (1896), *Prosas profanas y otros poemas* (1896), *Peregrinaciones y España contemporánea* (1901), *La caravana pasa* (1902), *Tierras solares* (1904), *Cantos de Vida y Esperanza*, *los cisnes y otros poemas* (1905), *Oda a Mitre y Opiniones* (1906), *Parisiana* (1907), *Alfonso XIII*, y *El viaje a Nicaragua e Intermezzo tropical* (1909), *Poema del Otoño y otros poemas*

(1910), *Letras* (1911), *Todo al vuelo* (1912), *Canto a la Argentina y otros poemas* (1914) y *La vida de Rubén Darío escrita por él mismo* (1915). Es decir, el sólo nombre de Rubén Darío significa toda una cultura para Hispanoamérica.

Primogénito del mal avenido matrimonio de Manuel García y Rosa Sarmiento, nació en un pueblo del centro de Nicaragua, San Pedro de Metapa, y no en León, domicilio de sus mayores. Bautizado el 3 de marzo del mismo año de su nacimiento, 1867, su nombre literario será la fusión de su segundo nombre legal —Félix Rubén— y el apellido Darío, que procede de la tradición de llamar a los miembros de la familia con el nombre de su jefe; en este caso, los Darío, por Darío Mayorga. Hacia 1869, después de la separación de Manuel García, Rosa Sarmiento se fugó, con su niño y un nuevo cónyuge, de la casa de su tía y madre adoptiva Bernarda Sarmiento, quien había concertado las primeras bodas. Radicaron en San Marcos de Colón, aldea hondureña, pero meses más tarde, el coronel Félix Ramírez, esposo de Bernarda Sarmiento y padrino de Darío, lo va a traer y lo lleva a León; desde entonces el pequeño pertenecerá al hogar Ramírez Sarmiento. Esta casa reunía a políticos e intelectuales de la época; sus tertulias eran muy afamadas. Así, pues, la niñez de Darío transcurre en León, ciudad llena de cúpulas, casas fortalezas y calles empedradas por las que corren leyendas y consejas de “aparecidos”: caballos desbocados y sacerdotes sin cabeza; ambiente propio para inculcar en su ánimo terror y religiosidad. Según el mismo Darío y sus biógrafos, para subrayar la precocidad, ya a los 3 años sabía leer. Posiblemente, entre 1873 y 1879, Darío descubrió y leyó en un arcón de sus tíos abuelos el *Quijote*, la Biblia, Cicerón, Moratín y Mme Stael. Ya para 1880 era conocido como poeta, firmaba con sus anagramas: *Bernardo I. U.* y *Bruno Ardía*, y al año siguiente, 1881, tenía organizada su primera obra, y en diciembre viajó a Managua, en busca de ayuda oficial. En los meses iniciales de 1882, el gobierno de Nicaragua asumió los gastos de su instrucción. Darío

no acepta la protección estatal y en agosto sus amigos lo embarcan hacia El Salvador. En 1884 desempeña un puesto en la secretaría privada de la presidencia de Nicaragua y en la Biblioteca Nacional donde lee vorazmente a los franceses, españoles e ingleses. En junio de 1886 parte a Chile y así, luego del viaje aquel a El Salvador, empiezan sus itinerarios por el norte y sur de América, sus navegaciones y regresos de América a Europa y de Europa a América. En medio de todo esto, contrajo matrimonio dos veces, una, en 1890, con Rafaela Contreras, con la que procreó un hijo, y la otra, con Rosario Murillo; pero una aproximación de hogar únicamente la logró con su amante española Francisca Sánchez del Pozo, con quien tuvo tres hijos, dos murieron muy niños y otro, Rubén Darío Sánchez, fue su heredero universal. En 1914, en compañía de Alejandro Bermúdez, Darío abandonó España para emprender una gira pro paz a través del continente. En noviembre llegaron a Nueva York, y en 1915 ya sólo, pasó a Guatemala y de allí a Nicaragua. Después de que unos médicos amigos lo intervinieron quirúrgicamente, y que el obispo le aplicó la excomunión, Rubén Darío falleció a las 10 y 15 de la noche del 6 de febrero de 1916. La Universidad, el Estado y la Iglesia le tributaron una serie de homenajes que concluyeron con su entierro al pie de la estatua de San Pablo en la Catedral de León. Todos los poetas de España y América: Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado, Amado Nervo, Rafael Heliodoro Valle, etc. y todos los críticos lloraron su muerte con poemas, artículos y discursos elogiosos que reconocen y exaltan su genio y su calidad de clásico de la lengua española. Su bibliografía activa y pasiva que fue abundante en vida, hoy no cesa de crecer.

V E N U S

EN la tranquila noche mis nostalgias amargas sufría.  
En busca de quietud bajé al fresco y callado jardín.  
En el obscuro cielo Venus bella temblando lucía,  
como incrustado en ébano un dorado y divino jazmín.

A mi alma enamorada, una reina oriental parecía,  
que esperaba a su amante bajo el techo de su camarín,  
o que, llevada en hombros, la profunda extensión recorría,  
triumfante y luminosa, recostada sobre un palanquín.

“¡Oh, reina rubia!, díjeme, mi alma quiere dejar su crisálida  
y volar hacia ti, y tus labios de fuego besar;  
y flotar en el nimbo que derrama en tu frente luz pálida,  
y en siderales éxtasis no dejarte un momento de amar”.

El aire de la noche refrescaba la atmósfera cálida.  
Venus, desde el abismo, me miraba con triste mirar.  
(1889)

SONATINA

LA PRINCESA está triste . . . ¿que tendrá la princesa?  
Los suspiros se escapan de su boca de fresa,  
que ha perdido la risa, que ha perdido el color.  
La princesa está pálida en su silla de oro,  
está mudo el teclado de su clave sonoro;  
y en un vaso olvidada se desmaya una flor.

El jardín puebla el triunfo de los pavos-reales.  
Parlanchina, la dueña dice cosas banales,  
y, vestido de rojo, piruetea el bufón.  
La princesa persigue por el cielo de Oriente  
la libélula vaga de una vaga ilusión.

¿Piensa acaso en el príncipe de Golconda o de China,  
o en el que ha detenido su carroza argentina  
para ver de sus ojos la dulzura de luz?  
¿O en el rey de las Islas de las Rosas fragantes,  
o en el que es soberano de los claros diamantes,  
o en el dueño orgulloso de las perlas de Ormuz?

¡Ay! La pobre princesa de la boca de rosa  
quiere ser golondrina, quiere ser mariposa,  
tener alas ligeras, bajo el cielo volar,  
ir al sol por la escala luminosa de un rayo,  
saludar a los lirios con los versos de mayo,  
o perderse en el viento sobre el trueno del mar.

Ya no quiere el palacio, ni la rueda de plata,  
ni el halcón encantado, ni el bufón escarlata,  
ni los cisnes unánimes en el lago de azul.  
Y están tristes las flores por la flor de la corte;  
los jazmines de Oriente, los nelumbos del Norte,  
de Occidente las dalias y las rosas del Sur.

¡Pobrecita princesa de los ojos azules!  
Está presa en sus oros, está presa en sus tules,  
en la jaula de mármol del palacio real,  
el palacio soberbio que vigilan los guardas,  
que custodian cien negros con sus cien alabardas,  
un lebrel que no duerme y un dragón colosal.

¡Oh quién fuera hipsipila que dejó la crisálida!  
(La princesa está triste. La princesa está pálida)  
¡Oh visión adorada de oro, rosa y marfil!  
¡Quién volara a la tierra donde un príncipe existe  
(La princesa está pálida. La princesa está triste)  
más brillante que el alba, más hermoso que abril!

—¡Calla, calla, princesa —dice el hada madrina—,  
en caballo con alas, hacia acá se encamina,  
en el cinto la espada y en la mano el azor,  
el feliz caballero que te adora sin verte,  
y que llega de lejos, vencedor de la Muerte,  
a encenderte los labios con su beso de amor!  
(1893)

HERALDOS

¡HELENA!

La anuncia el bláncor de un cisne.

¡Makheda!

La anuncia un pavo real.

¡Ifigenia, Electra, Catalina!

Anúncialas un caballero con un hacha.

¡Ruth, Lía, Enone!

Anúncialas un paje con un lirio.

¡Yolanda!

Anúnciala una paloma.

¡Clorinda, Carolina

Anúncialas un paje con una rama de vifia.

¡Sylvia!

Anúnciala una corza blanca.

¡Aurora, Isabel!

Anúncialas de pronto

un resplandor que ciega mis ojos.

¿Ella?

(No la anuncian. No llega aún.)

(Diciembre de 1896)



## COLOQUIO DE LOS CENTAUROS

A Paul Groussac

EN LA isla en que detiene su esquife el argonauta del inmortal Ensueño, donde la eterna pauta de las eternas liras se escucha —isla de oro en que el tritón elige su caracol sonoro y la sirena blanca va a ver el sol— un día se oye un tropel vibrante de fuerza y de armonía.

Son los Centauros. Cubren la llanura. Les siente la montaña. De lejos, forman són de torrente que cae; su galope al aire que reposa despierta, y estremece la hoja de laurel-rosa.

Son los Centauros. Unos enormes, rudos; otros alegres y saltantes como jóvenes potros; unos con largas barbas como los padres-ríos; otros imberbes, ágiles y de piafantes bríos, y de robustos músculos, brazos y lomos aptos para portar las ninfas rosadas en los raptos.

Van en galope rítmico. Junto a un fresco bosque, frente al gran Océano, se paran. El paisaje recibe de la urna matinal luz sagrada que el vasto azul suaviza con límpida mirada. Y oyen seres terrestres y habitantes marinos la voz de los crinados cuadrúpedos divinos.

### QUIRÓN

Calladas las bocinas a los tritones gratas, calladas las sirenas de labios escarlatas, los carrillos de Eolo desinflados, digamos junto al laurel ilustre de florecidos ramos la gloria inmarcesible de las Musas hermosas y el triunfo del terrible misterio de las cosas.

He aquí que renacen los lauros milenarios;  
vuelven a dar su lumbre los viejos lampadarios;  
y animase en mi cuerpo de Centauro inmortal  
la sangre del celeste caballo paternal.

RETO

Arquero luminoso, desde el Zodiaco llegas;  
aún presas en las crines tienes abejas griegas;  
aún del dardo herakleo muestras la roja herida  
por do salir no pudo la esencia de tu vida.  
¡Padre y Maestro excelso! Eres la fuente sana  
de la verdad que busca la triste raza humana:  
aun Esculapio sigue la vena de tu ciencia;  
siempre el veloz Aquiles sustenta su existencia  
con el manjar salvaje que le ofreciste un día,  
y Herakles, descuidando su maza, en la armonía  
de los astros, se eleva bajo el cielo nocturno . . .

QUIRÓN

La ciencia es flor del tiempo: mi padre fue Saturno.

ABANTES

Himnos a la sagrada Naturaleza; al vientre  
de la tierra y al germen que entre las rocas y entre  
las carnes de los árboles, y dentro humana forma,  
es un mismo secreto y es una misma norma,  
potente y sutilísimo, universal resumen  
de la suprema fuerza, de la virtud del Numen.

QUIRÓN

¡Himnos! Las cosas tienen un ser vital; las cosas  
tienen raros aspectos, miradas misteriosas;

toda forma es un gesto, una cifra, un enigma;  
en cada átomo existe un incógnito estigma;  
cada hoja de cada árbol canta un propio cantar  
y hay un alma en cada una de las gotas del mar;  
el vate, el sacerdote, suele oír el acento  
desconocido; a veces enuncia el vago viento  
un misterio; y revela una inicial la espuma  
o la flor; y se escuchan palabras de la bruma;  
y el hombre favorito del Numen, en la linfa  
o la ráfaga encuentra mentor —demonio o ninfa.

FOLO

El biforme ixionida comprende de la altura,  
por la materna gracia, la lumbre que fulgura,  
la nube que se anima de luz y que decora  
el pavimento en donde rige su carro Aurora,  
y la banda de Iris que tiene siete rayos  
cual la lira en sus brazos siete cuerdas, los mayos  
en la fragante tierra llenos de ramos bellos,  
y el Polo coronado de cándidos cabellos.  
El ixionida pasa veloz por la montaña  
rompiendo con el pecho de la maleza hurafia  
los erizados brazos, las cárceles hostiles;  
escuchan sus orejas los ecos más sutiles:  
sus ojos atraviesan las intrincadas hojas  
mientras sus manos toman para sus bocas rojas  
las frescas bayas altas que el sátiro codicia;  
junto a la oculta fuente su mirada acaricia  
las curvas de las ninfas del séquito de Diana;  
pues en su cuerpo corre también la esencia humana  
unida a la corriente de la savia divina  
y a la salvaje sangre que hay en la bestia equina.  
Tal el hijo robusto de Ixión y de la Nube.

QUIRÓN

Sus cuatro patas bajan; su testa erguida sube.

ORNEO

Yo comprendo el secreto de la bestia. Malignos seres hay y benignos. Entre ellos se hacen signos de bien y mal, de odio o de amor, o de pena o gozo: el cuervo es malo y la torcaz es buena.

QUIRÓN

Ni es la torcaz benigna, ni es el cuervo protervo; son formas del Enigma la paloma y el cuervo.

ASTILO

El Enigma es el sopro que hace cantar la lira.

NESO

¡En Enigma es el rostro fatal de Deyanira!  
Mi espalda aún guarda el dulce perfume de la bella;  
aún mis pupilas llaman su claridad de estrella.  
¡Oh aroma de su sexo! ¡Oh rosas y alabastos!  
¡Oh envidia de las flores y celos de los astros!

QUIRÓN

Cuando del sacro abuelo la sangre luminosa  
con la marina espuma formara nieve y rosa,  
hecha de rosa y nieve nació la Anadiomena.  
Al cielo alzó los brazos la lírica sirena,  
los curvos hipocampos sobre las verdes ondas

levaron los hocicos; y caderas redondas,  
tritónicas melenas y dorsos de delfines  
junto a la Reina nueva se vieron. Los confines  
del mar llenó el grandioso clamor; el universo  
sintió que un nombre armónico sonoro como un verso  
llenaba el hondo hueco de la altura; ese nombre  
hizo gemir la tierra de amor: fue para el hombre  
más alto que el de Jove; y los númenes mismos  
lo oyeron asombrados; los lóbregos abismos  
tuvieron una gracia de luz. ¡VENUS impera!  
Ella es entre las reinas celestes la primera,  
pues es quien tiene el fuerte poder de la Hermosura.  
¡Vaso de miel y mirra brotó de la amargura!  
Ella es la más gallarda de las emperatrices;  
princesa de los gérmenes, reina de las matrices,  
señora de las savias y de las atracciones,  
señora de los besos y de los corazones.

EURITO

¡No olvidaré los ojos radiantes de Hipodamia!

HIPEA

Yó sé de la hembra humana la original infamia.  
Venus anima artera sus máquinas fatales;  
tras sus radiantes ojos rien traidores males;  
de su floral perfume se exhala sutil daño;  
su cráneo obscuro alberga bestialidad y engaño.  
Tiene las formas puras del ánfora, y la risa  
del agua que la brisa riza y el sol irisa;  
mas la ponzoña ingénita su máscara pregona:  
mejores son el águila, la yegua y la leona.  
De su húmeda impureza brota el calor que enerva  
los mismos sacros dones de la imperial Minerva;

y entre sus duros pechos, lirios del Aqueronte,  
hay un olor que llena la barca de Caronte.

ODITES

Como una miel celeste hay en su lengua fina;  
su piel de flor aún húmeda está de agua marina.  
Yo he visto de Hipodamia la faz encantadora,  
la cabellera espesa, la pierna vencedora;  
ella de la hembra humana fuera ejemplar augusto;  
ante su rostro olímpico no habría rostro adusto;  
las Gracias junto a ella quedarían confusas,  
y las ligeras Horas y las sublimes Musas  
por ella detuvieran sus giros y su canto.

HIPEA

Ella la causa fuera de inenarrable espanto:  
por ella el ixionida dobló su cuello fuerte.  
La hembra humana es hermana del Dolor y la Muerte.

QUIRÓN

Por suma ley un día llegará el himeneo  
que el soñador aguarda: Cenís será Ceneo;  
claro será, el origen del femenino arcano:  
la Esfinge tal secreto dirá a su soberano.

CLITO

Naturaleza tiende sus brazos y sus pechos  
a los humanos seres; la clave de los hechos  
conócela el vidente; Homero con su báculo,  
en su gruta Deifobe, la lengua del Oráculo.

CAUMANTES

El monstruo expresa un ansia del corazón del Orbe,  
en el Centauro el bruto la vida humana absorbe,  
el sátiro es la selva sagrada y la lujuria,  
une sexuales impetus a la armoniosa furia.  
Pan junta la soberbia de la montafia agreste  
al ritmo de la inmensa mecánica celeste;  
la boca melodiosa que atrae en Sirenusa  
es de la fiera alada y es de la suave musa;  
con la bicorne bestia Pasifae se ayunta,  
Naturaleza sabia formas diversas junta,  
y cuando tiende al hombre la gran Naturaleza,  
el monstruo, siendo el símbolo, se viste de belleza.

GRINEO

Yo amo lo inanimado que amó el divino Hesiodo.

QUIRÓN

Grineo, sobre el mundo tiene un ánima todo.

GRINEO

He visto, entonces, raros ojos fijos en mí:  
los vivos ojos rojos del alma del rubí;  
los ojos luminosos del alma del topacio  
y los de la esmeralda; los ojos de las gemas  
de brillos peregrinos y mágicos emblemas.  
Amo el granito duro que el arquitecto labra  
y el mármol en que duermen la línea y la palabra...

QUITRÓN

A Deucalión y a Pirra, varones y mujeres  
las piedras aún intactas dijeron: "¿Qué nos quieres?"

LÍCIDAS

Yo he visto los lemures flotar, en los nocturnos  
instantes, cuando escuchan los bosques taciturnos  
el loco grito de Atis que su dolor revela  
o la maravillosa canción de Filomela.  
El galope apresuro, si en el bosque miro  
manes que pasan, y oigo su fúnebre suspiro.  
Pues de la Muerte el hondo, desconocido Imperio,  
guarda el pavor sagrado de su fatal misterio.

ORNEO

La Muerte es de la Vida la inseparable hermana.

QUIRÓN

La Muerte es la victoria de la progenie humana.

MEDÓN

¡La Muerte! Yo la he visto. No es demacrada y mustia  
ni ase corva guadaña, ni tiene faz de angustia.  
Es semejante a Diana, casta y virgen como ella;  
en su rostro hay la gracia de la núbil doncella  
y lleva una guirnalda de rosas siderales.  
En su siniestra tiene verdes palmas triunfales,  
y en su diestra una copa con agua del olvido.  
A sus pies, como un perro, yace un amor dormido.



AMICO

Los mismos dioses buscan la dulce paz que vierte.

QUIRÓN

La pena de los dioses es no alcanzar la Muerte.

EURITO

Si el hombre —Prometeo— pudo robar la vida,  
la clave de la muerte serále concedida.

QUIRÓN

La virgen de las vírgenes es inviolable y pura.  
Nadie su casto cuerpo tendrá en la alcoba oscura,  
ni beberá en sus labios el grito de victoria,  
ni arrancará a su frente las rosas de su gloria...

\* \* \*

Mas he aquí que Apolo se acerca al meridiano.  
Sus truenos prolongados repite el Océano.  
Bajo el dorado carro del reluciente Apolo  
vuelve a inflar sus carrillos y sus odres Eolo.  
A lo lejos, un templo de mármol se divisa  
entre laureles-rosa que hace cantar la brisa.  
Con sus vibrantes notas de Céfiro desgarrar  
la veste transparente la helénica cigarra,  
y por el llano extenso van en tropel sonoro  
los Centauros, y al paso, tiembla la Isla de Oro.

EL POETA PREGUNTA POR STELLA

LIRIO divino, lirio de las Anunciaciones;  
lirio, florido príncipe,  
hermano perfumado de las estrellas castas,  
joya de los abriles.

A ti las blancas Dianas de los parque ducales;  
los cuellos de los cisnes,  
las místicas estrofas de cánticos celestes  
y en el sagrado empíreo la mano de las vírgenes.

Lirio, boca de nieve donde sus dulces labios  
la primavera imprime:  
en tus venas no corre la sangre de las rosas pecadoras,  
sino el icor excelso de las flores insignes.

Lirio real y lírico  
que naces con la albura de las hostias sublimes,  
de las cándidas perlas  
y del lino sin mácula de las sobrepellices:  
¿Has visto acaso el vuelo del alma de mi Stella,  
la hermana de Ligeia, por quién mi canto a veces es tan triste?  
(1893)

VERLAINE

A Ángel Estradas, poeta

RESPONSO

PADRE y maestro mágico, liróforo celeste  
que al instrumento olimpico y a la siringa agreste  
diste tu acento encantador;

¡Panida! Pan tú mismo, que coros condujiste  
hacia el propileo sacro que amaba tu alma triste,  
¡al són del sistro y del tambor!

Que tu sepulcro cubra de flores Primavera,  
que se humedezca el áspero hocico de la fiera  
de amor si pasa por allí;  
que el fúnebre recinto visite Pan bicorne;  
que de sangrientas rosas el fresco abril te adorne  
y de claveles de rubí.

Que si posarse quiere sobre la tumba el cuervo,  
ahuyenten la negrura del pájaro protervo  
el dulce canto de cristal  
que Filomela vierta sobre tus tristes huesos,  
o la armonía dulce de risas y de besos  
de culto oculto y florestal

Que púberes canéforas te ofrenden el acanto,  
que sobre tu sepulcro no se derrame el llanto,  
sino rocío, vino, miel;  
que el pámpano allí brote, las flores de Citeres,  
y que se escuchen vagos suspiros de mujeres  
¡bajo un simbólico laurel!

Que si un pastor su pifano bajo el frescor del haya,  
en amorosos días, como en Virgilio, ensaya,  
tu nombre ponga en la canción;

y que la virgen *náyade*, cuando ese nombre escuche  
con ansias y temores entre las linfas luce,  
llena de miedo y de pasión.

De noche, en la montaña, en la negra montaña  
de las Visiones, pase gigante sombra extraña,  
sombra de un Sátiro espectral;  
que ella al centauro adusto con su grandeza asuste;  
de una extra-humana flauta la melodía ajuste  
a la armonía sideral.

Y luya el tropel equino por la montaña vasta;  
tu rostro de ultratumba bañe la luna casta  
de compasiva y blanca luz;  
y el Sátiro contemple sobre un lejano monte  
una cruz que se eleve cubriendo el horizonte  
¡y un resplandor sobre la cruz!

(1896)

## LAS ANFORAS DE EPICURO

### LA ESPIGA

MIRA el signo sutil que los dedos del viento  
hacen al agitar el tallo que se inclina  
y se alza en una rítmica virtud de movimiento.  
Con el áureo pincel de la flor de la harina  
trazan sobre la tela azul del firmamento  
el misterio inmortal de la tierra divina  
y el alma de las cosas que da su sacramento  
en una interminable frescura matutina.

Pues en la paz del campo la faz de Dios asoma.  
De las floridas urnas místico incienso aroma  
la vasto altar en donde triunfa la azul sonrisa.

Aún verde está y cubierto de flores el madero,  
bajo sus ramas llenas de amor pace el cordero  
y en la espiga de oro y luz duerme la misa.  
(1899)

### LA FUENTE

JOVEN, te ofrezco el don de esta copa de plata  
para que un día puedan calmar la sed ardiente,  
la sed que con su fuego más que la muerte mata.  
Mas debes abrevarte tan sólo en una fuente.

Otra agua que la suya tendrá que serte ingrata;  
busca su oculto origen en la gruta viviente  
donde la interna música de su cristal desata,  
junto al árbol que llora y la roca que siente.

Guíete el misterioso eco de su murmullo;  
asciende por los riscos ásperos del orgullo,  
baja por la constancia y desciende al abismo  
cuya entrada sombría guardan siete panteras;  
son los Siete Pecados, las siete bestias fieras.  
Llena la copa y bebe: la fuente está en ti mismo.  
(1899)

AMA TU RITMO...

AMA TU ritmo y ritma tus acciones  
bajo su ley, así como tus versos;  
eres un universo de universos  
y tu alma una fuente de canciones.

La celeste unidad que presupones  
hará brotar en ti mundos diversos,  
y al resonar tus números dispersos  
pitagoriza en tus constelaciones.

Escucha la retórica divina  
del pájaro del aire y la nocturna  
irradiación geométrica adivina;  
mata la indiferencia taciturna  
y engarza perla y perla cristalina  
en donde la verdad vuelca su urna.  
(1899)

A LOS POETAS RISUEÑOS

ANACREONTE, padre de la sana alegría;  
Ovidio, sacerdote de la ciencia amorosa;  
Quevedo, en cuyo cáliz licor jovial rebosa;  
Banville, insigne orfeo de la sacra Armonía,  
y con vosotros toda la grey hija del día,  
a quien habla el amante corazón de la rosa,  
abejas que fabrican sobre la humana prosa  
en sus Himetos mágicos mieles de poesía:

Prefiero vuestra risa sonora, vuestra musa  
risueña, vuestros versos perfumados de vino,  
a los versos de sombra y a la canción confusa  
que opone el numen bárbaro al resplandor latino;  
y ante la fiera máscara de la fatal Medusa,  
medrosa huye mi alondra de canto cristalino.  
(1899)

PALABRAS DE LA SATIRESA

UN DÍA oi una risa bajo la fronda espesa,  
vi brotar de lo verde dos manzanas lozanas;  
erectos senos eran las lozanas manzanas  
del busto que bruñía do sol la Satiresa:

era una Satiresa de mis fiestas paganas,  
que hace brotar clavel o rosa cuando besa;  
y furiosa y riente y que abrasa y que mesa,  
con los labios manchados por las moras tempranas

“Tú que fuiste —me dijo— un antiguo argonauta,  
alma que el sol sonrosa y que la mar zafira,  
sabe que está el secreto de todo ritmo y pauta  
en unir carne y alma a la esfera que gira,  
y amando a Pan y Apolo en la lira y la flauta,  
ser en la flauta Pan, como Apolo en la lira.”  
(1899)

LA ANCIANA

PUES la anciana me dijo: “Mira esta rosa seca  
que encantó el aparato de su estación un día:  
el tiempo que los muros altísimos derrueca  
no privará este libro de su sabiduría.

En esos secos pétalos hay más filosofía  
que la que darte pueda tu sabia biblioteca;  
ella en mis labios pone la mágica armonía  
con que en mi torno encarno los sueños de mi rueca.”

“Sois un hada”, le dije. “Soy un hada —me dijo—  
y de la primavera celebro el regocijo  
dándoles vida y vuelo a estas hojas de rosa.”

Y transformóse en una princesa perfumada,  
y en el aire sutil, de los dedos del hada  
voló la rosa seca como una mariposa.  
(1899)

A MAESTRE GONZALO DE BERCEO

AMO TU delicioso alejandrino  
como el de Hugo, espíritu de España;  
éste vale una copa de champafia  
como aquél vale "un vaso de bon vino".

Mas a uno y otro pájaro divino  
la primitiva cárcel es extrafia;  
el barrote maltrata, el grillo daña;  
que vuelo y libertad son su destino.

Así procuro que en la luz resalte  
tu antiguo verso, cuyas alas doro  
y hago brillar con mi moderno esmalte;  
tiene la libertad con el decoro  
y vuelve, como al puño el gerifalte,  
trayendo del azul rimas de oro.  
(1899)

ALMA MIA

ALMA mía, perdura en tu idea divina;  
todo está bajo el signo de un destino supremo;  
sigue en tu rumbo, sigue hasta el ocaso extremo  
por el camino que hacia la Esfinge te encamina.

Corta la flor al paso, deja la dura espina;  
en el río de oro lleva a compás el remo;  
saluda el rudo arado del rudo Triptolemo,  
y sigue como un dios que sus sueños destina...

Y sigue como un dios que la dicha estimula,  
y mientras la retórica del pájaro te adula  
y los astros del cielo te acompañan, y los  
ramos de la Esperanza surgen primaverales,  
atravesas impertérrita por el bosque de males  
sin temer las serpientes, y sigue, como un dios...



LA HOJA DE ORO

EN EL verde laurel que decora la frente  
que besaron los sueños y pulieron las horas,  
una hoja suscita como la luz naciente  
en que entreabren sus ojos de fuego las auroras;  
o las solares pompas, o los fastos de Oriente,  
preseas bizantinas, diademas de Theodoras;  
o la lejana Cólquida que el soñador presente  
y adonde los Jasones dirigirán las proras.

Hoja de oro rojo, mayor es tu valía,  
pues para tus colores imperiales evocas,  
con el triunfo de otoño y la sangre del día,  
el marfil de las frentes, la brasa de las bocas,  
y la autumnal tristeza de las vírgenes locas  
por la Lujuria, madre de la Melancolía.  
(1899)

MARINA

Como al fletar mi barca con destino a Citeres  
saludara a las olas, contestaron las olas  
con un saludo alegre de voces de mujeres.  
Y los faros celestes prendían sus farolas,  
mientras temblaba el suave crepúsculo violeta.  
“Adiós —dije—, países que me fuisteis esquivos;  
adiós, peñascos enemigos del poeta;  
adiós, costas en donde se secaron las viñas,  
y cayeron los Términos en los bosques de olivos.  
Parto para una tierra de rosas y de niñas,  
para una isla melodiosa  
donde más de una musa me ofrecerá una rosa.”  
Mi barca era la misma que condujo a Gautier  
y que Verlaine un día para Chipre fletó,  
y provenía de

el divino astillero del divino Watteau.  
Y era un celeste mar de ensueño,  
y la luna empezaba en su rueca de oro  
a hilar los mil hilos de su manto sedoso.  
Saludaba mi paso de las brisas el coro  
y a dos carrillos daba redondez a las velas.  
En mi alma cantaban celestes Filomelas,  
cuando oí que en la playa sonaba como un grito.  
Volví la vista y vi que era una ilusión  
que dejara olvidada mi antiguo corazón.  
Entonces, fijo del azur en lo infinito,  
para olvidar del todo las amargas viejas,  
como Ulises un día, me tapé las orejas.  
Y les dije a las brisas: "Soplad, soplad más fuerte;  
soplad hacia las costas de la isla de la Vida".  
Y en la playa quedaba desolada y perdida  
una ilusión que aullaba como un perro a la Muerte.  
(1898)

SYRINX

¡DAFNE, divina Dafne! Buscar quiero la leve  
caña que corresponda a tus labios esquivos;  
haré de ella mi flauta e inventaré motivos  
que extasiarán de amor a los cisnes de nieve.

Al canto mío el tiempo parecerá más breve;  
como Pan en el campo haré danzar los chivos:  
como Orfeo tendré los leones cautivos,  
y moveré el imperio de Amor que todo mueve.

Y todo será, Dafne, por la virtud secreta  
que en la fibra sutil de la caña coloca  
con la pasión del dios el sueño del poeta;  
porque si de la flauta la boca mía toca  
el sonoro carrizo, su misterio interpreta  
y la armonía nace del beso de tu boca.  
(1899)

LA GITANILLA

A Carolus Duran

MARAVILLOSAMENTE danzaba. Los diamantes  
negros de sus pupilas vertían su destello;  
era bello su rostro, era un rostro tan bello  
como el de las gitanas de don Miguel Cervantes.

Ornábase con rojos claveles detonantes  
la redondez obscura del casco del cabello,  
y la cabeza firme sobre el bronce del cuello  
tenía la patina de las horas errantes.

Las guitarras decían en sus cuerdas sonoras  
las vagas aventuras y las errantes horas,  
volaban los fandangos, daba el clavel fragancia;

la gitana, embriagada de lujuria y cariño,  
sintió cómo caía dentro de su corpiño  
el bello luis de oro del artista de Francia.  
(Madrid, junio de 1899)

YO PERSIGO UNA FORMA...

Yo PERSIGO una forma que no encuentra mi estilo,  
botón de pensamiento que busca ser la rosa;  
se anuncia con un beso que en mis labios se posa  
al abrazo imposible de la Venus de Milo.

Adornan verdes palmas el blanco peristilo;  
los astros me han predicho la visión de la Diosa;  
y en mi alma reposa la luz como reposa  
el ave de la luna sobre un lago tranquilo.

Y no hallo sino la palabra que huye,  
la iniciación melódica que de la flauta fluye  
y la barca del sueño que en el espacio boga;  
y bajo la ventana de mi Bella-Durmiente,  
el sollozo continuo del chorro de la fuente  
y el cuello del gran cisne blanco que me interroga.  
(1901)

## CANTOS DE VIDA Y ESPERANZA

### I

A J[osé] Enrique Rodó

Yo soy aquel que ayer no más decía  
el verso azul y la canción profana,  
en cuya noche un ruiseñor había  
que era alondra de luz por la mañana.

El dueño fui de mi jardín de sueño,  
lleno de rosas y de cisnes vagos;  
el dueño de las tórtolas, el dueño  
de góndolas y liras en los lagos;  
y muy siglo diez y ocho y muy antiguo  
y muy moderno; audaz, cosmopolita;  
con Hugo fuerte y con Verlaine ambiguo,  
y una sed de ilusiones infinita.

Yo supe de dolor desde mi infancia,  
mi juventud . . . ¿fue juventud la mía?  
Sus rosas aún me dejan su fragancia . . .  
una fragancia de melancolía . . .

Potro sin freno se lanzó mi instinto,  
mi juventud montó potro sin freno;  
iba embriagada y con puñal al cinto;  
si no cayó, fue porque Dios es bueno.

En mi jardín se vio una estatua bella;  
se juzgó mármol y era carne viva;  
una alma joven habitaba en ella,  
sentimental, sensible, sensitiva.

Y tímida ante el mundo, de manera  
que encerrada en silencio no salía,  
sino cuando en la dulce primavera  
era la hora de la melodía . . .

Hora de ocaso y de discreto beso;  
hora crepuscular y de retiro;  
hora de madrigal y de cambeleso,  
de "te adoro", de "¡ay!" y de suspiro.

Y entonces era en la dulzaina un juego  
de misteriosas gamas cristalinas,  
un renovar de notas del Pan griego  
y un desgranar de músicas latinas.

Con aire tal y con ardor tan vivo,  
que a la estatua nacian de repente  
en el muslo viril patas de chivo  
y dos cuernos de sátiro en la frente.

Como la Galatea gongorina  
me encantó la marquesa verleniana,  
y así juntaba a la pasión divina  
una sensual hiperestesia humana;  
todo ansia, todo ardor, sensación pura  
y vigor natural; y sin falsía,  
y sin comedia y sin literatura . . . :  
si hay una alma sincera, ésa es la mía.

La torre de marfil tentó mi anhelo;  
quise encerrarme dentro de mí mismo,  
y tuve hambre de espacio y sed de cielo  
desde las sombras de mi propio abismo.

Como la esponja que la sal satura  
en el jugo del mar, fue el dulce y tierno  
corazón mío, henchido de amargura  
por el mundo, la carne y el infierno.

Mas, por gracia de Dios, en mi conciencia  
el Bien supo elegir la mejor parte;  
y si hubo áspera hiel en mi existencia,  
melificó toda acritud el Arte.

Mi intelecto libré de pensar bajo,  
bañó el agua castalia el alma mía,  
peregrinó mi corazón y trajo  
de la sagrada selva la armonía.

¡Oh, la selva sagrada! ¡Oh, la profunda  
emanación del corazón divino  
de la sagrada selva! ¡Oh, la fecunda  
fuente cuya virtud vence al destino!

Bosque ideal que lo real complica,  
allí el cuerpo arde y vive y Psiquis vuela;  
mientras abajo el sátiro fornicar,  
ebria de azul deslie Filomela.

Perla de ensueño y música amorosa  
en la cúpula en flor del laurel verde,  
Hipsipila sutil liba en la rosa,  
y la boca del fauno el pezón muere.

Allí va el dios en celo tras la hembra,  
y la caña de Pan se alza del lodo;  
la eterna vida sus semillas siembra,  
y brota la armonía del gran Todo.

El alma que entra allí debe ir desnuda,  
temblando de deseo y fiebre santa,  
sobre cardo heridor y espina aguda:  
así sueña, así vibra y así canta.

Vida, luz y verdad, tal triple llama  
produce la interior llama infinita.  
El Arte puro como Cristo exclama:  
*Ego sum lux et veritas et vita!*

Y la vida es misterio, la luz ciega  
y la verdad inaccesible asombra;  
la adusta perfección jamás se entrega,  
y el secreto ideal duerme en la sombra.

Por eso ser sincero es ser potente;  
de desnuda que está, brilla la estrella;  
el agua dice el alma de la fuente  
en la voz de cristal que fluye de ella.

Tal fue mi intento, hacer del alma pura  
mía, una estrella, una fuerte sonora,  
con el horror de la literatura  
y loco de crepúsculo y de aurora.

Del crepúsculo azul que da la pauta  
que los celestes éxtasis inspira,  
bruma y tono menor —¡toda la flauta!,  
y Aurora, hija del Sol —¡toda la lira!

Pasó una piedra que lanzó una honda;  
pasó una flecha que aguzó un violento.  
La piedra de la honda fue a la onda,  
y la flecha del odio fuese al viento.

La virtud está en ser tranquilo y fuerte;  
con el fuego interior todo se abrasa;  
se triunfa del rencor y de la muerte,  
y hacia Belén . . . ¡la caravana pasa!  
(1904)



A ROOSEVELT

¡Es con voz de la Biblia, o verso de Walt Whitman,  
que habría que llegar hasta ti, Cazador!  
¡Primitivo y moderno, sencillo y complicado,  
con un algo de Wáshington y cuatro de Nemrod!  
Eres los Estados Unidos,  
eres el futuro invasor  
de la América ingenuna que tiene sangre indígena,  
que aun reza a Jesucristo y aun habla en español.

Eres soberbio y fuerte ejemplar de tu raza;  
eres culto, eres hábil; te opones a Tolstoy.  
Y domando caballos, o asesinando tigres,  
eres un Alejandro-Nabucodonosor.  
(Eres un profesor de energía,  
como dicen los locos de hoy.)  
Crees que la vida es incendio,  
que el progreso es erupción;  
en donde pones la bala  
el porvenir pones.

No.

Los Estados Unidos son potentes y grandes.  
Cuando ellos se estremecen hay un hondo temblor  
que pasa por las vértebras enormes de los Andes.  
Si clamáis, se oye como el rugir del león.  
Ya Hugo a Grant le dijo: "Las estrellas son vuestras".  
(Apenas brilla, alzándose, el argentino sol  
y la estrella chilena se levanta . . .) Sois ricos.  
Juntáis al culto de Hércules el culto de Mammón;  
y alumbrando el camino de la fácil conquista,  
la Libertad levanta su antorcha en Nueva York.

Mas la América nuestra, que tenía poetas  
 desde los viejos tiempos de Netzahualcoyotl,  
 que ha guardado las huellas de los pies del gran Baco,  
 que el alfabeto pánico en un tiempo aprendió;  
 que consultó los astros, que conoció la Atlántida,  
 cuyo nombre nos llega resonando en Platón,  
 que desde los remotos momentos de su vida  
 vive de luz, de fuego, de perfume, de amor,  
 la América del grande Moctezuma, del Inca,  
 la América fragante de Cristóbal Colón,  
 la América católica, la América española,  
 la América en que dijo el noble Guatemoc:  
 "Yo no estoy en un lecho de rosas"; esa América  
 que tiembla de huracanes y que vive de Amor;  
 hombres de ojos sajones y alma bárbara, vive.  
 Y sueña. Y ama, y vibra; y es la hija del Sol.  
 Tened cuidado. ¡Vive la América española!,  
 hay mil cachorros sueltos del León Español.  
 Se necesitaría, Roosevelt, ser por Dios mismo,  
 el Riflero terrible y el fuerte Cazador,  
 para poder tenernos en vuestras férreas garras.

Y, pues contáis con todo, falta una cosa: ¡Dios!  
 (Málaga, 1904)

IX

¡Torres de Dios! ¡Poetas!  
 ¡Pararrayos celestes,  
 que resistís las duras tempestades,  
 como crestas escuetas,  
 como picos agrestes,  
 rompeolas de las eternidades!

La mágica esperanza anuncia un día  
 en que sobre la roca de armonía

expirará la pérfida sirena.  
¡Esperad, esperemos todavía!

Esperad todavía.  
El bestial elemento se solaza  
en el odio a la sacra poesía  
y se arroja baldón de raza a raza.

La insurrección de abajo  
tiende a los Excelentes.  
El canibal codicia su tasajo  
con roja encía y afilados dientes.

Torres, poned al pabellón sonrisa.  
Poned ante ese mal y ese recelo  
una soberbia insinuación de brisa  
y una tranquilidad de mar y cielo...  
(París, 1903)

LA DULZURA DEL ANGELUS . . .

LA DULZURA del ángelus matinal y divino  
que diluyen ingenuas campanas provinciales,  
en un aire inocente a fuerza de rosales,  
de plegaria, de ensueño de virgen y de trino  
de ruisefior, opuesto todo al rudo destino  
que no cree en Dios . . . El áureo ovillo vespertino  
que la tarde devana tras opacos cristales  
por tejer la inconsútil tela de nuestros males  
todos hechos de carne y aromados de vino . . .  
Y esta atroz amargura de no gustar de nada,  
de no saber adónde dirigir nuestra prora  
mientras el pobre esquife en la noche cerrada  
va en las hostiles olas huérfano de la aurora . . .  
(¡Oh, suaves campanas entre la madrugada!)

CANCIÓN DE OTOÑO EN PRIMAVERA

A [Gregorio] Martínez Sierra

JUVENTUD, divino tesoro,  
¡ya te vas para no volver!  
Cuando quiero llorar, no lloro . . .  
y a veces lloro sin querer . . .

Plural ha sido la celeste  
historia de mi corazón.  
Era una dulce niña, en este  
mundo de duelo y aflicción.

Miraba como el alba pura;  
sonreía como una flor.  
Era su cabellera oscura  
hecha de noche y de dolor.

Yo era tímido como un niño.  
Ella, naturalmente, fue,  
para mi amor hecho de armiño,  
Herodías y Salomé . . .

Juventud, divino tesoro,  
¡ya te vas para no volver!  
Cuando quiero llorar, no lloro . . .  
y a veces lloro sin querer . . .

Y más consoladora y más  
halagadora y expresiva,  
la otra fue más sensitiva  
cual no pensé encontrar jamás.

Pues a su continua ternura  
una pasión violenta unía.  
En un peplo de gasa pura  
una bacante se envolvía . . .

En sus brazos tomó mi ensueño  
y lo arrulló como a un bebé . . .  
y le mató, triste y pequeño,  
falto de luz, falto de fe . . .

Juventud, divino tesoro,  
¡te fuiste para no volver!  
Cuando quiero llorar, no lloro . . .  
y a veces lloro sin querer . . .

Otra juzgó que era mi boca  
el estuche de su pasión;  
y que me roería, loca,  
con sus dientes el corazón.

Poniendo en un amor de exceso  
la mira de su voluntad,  
mientras eran abrazo y beso  
síntesis de la eternidad;  
y de nuestra carne ligera  
imaginar siempre un Edén,  
sin pensar que la Primavera  
y la carne acaban también . . .

Juventud, divino tesoro,  
¡ya te vas para no volver!  
Cuando quiero llorar, no lloro . . .  
y a veces lloro sin querer . . .

¡Y las demás! En tantos climas,  
en tantas tierras siempre son,  
si no pretextos de mis rimas  
fantasmas de mi corazón.

En vano busqué a la princesa  
que estaba triste de esperar.  
La vida es dura. Amarga y pesa.  
¡Ya no hay princesa que cantar!

Mas a pesar del tiempo terco,  
mi sed de amor no tiene fin;  
con el cabello gris, me acerco  
a los rosales del jardín . . .

Juventud, divino tesoro,  
¡ya te vas para no volver!  
Cuando quiero llorar, no lloro . . .  
y a veces lloro sin querer . . .  
¡Mas es mía el Alba de oro!

NOCTURNO

QUIERO expresar mi angustia en versos que abolida  
dirán mi juventud de rosas y de ensueños,  
y la desfloración amarga de mi vida  
por un vasto dolor y cuidados pequeños.

Y el viaje a un vago Oriente por entrevistos barcos,  
y el grano de oraciones que floreció en blasfemia,  
y los azoramientos del cisne entre los charcos  
y el falso azul nocturno de inquerida bohemia.

Lejano clavicordio que en silencio y olvido  
no diste nunca al sueño la sublime sonata,  
huérfano esquife, árbol insigne, oscuro nido  
que suavizó la noche de dulzura de plata . . .

Esperanza olorosa a hierbas frescas, trino  
del ruiseñor primaveral y matinal,  
azucena tronchada por un fatal destino,  
rebusca de la dicha, persecución del mal . . .

El ánfora funesta del divino veneno  
que ha de hacer por la vida la tortura interior,  
la conciencia espantable de nuestro humano ciéno  
y el horror de sentirse pasajero, el horror  
de ir a tientas, en intermitentes espantos,  
hacia lo inevitable, desconocido, y la  
pesadilla brutal de este dormir de llantos  
¡de la cual no hay más que Ella que nos despertará!



A PHOCAS EL CAMPESINO

PHOCÁS el campesino, hijo mío, que tienes,  
en apenas escasos meses de vida, tantos  
dolores en tus ojos que esperan tantos llantos  
por el fatal pensar que revelan tus sienas . . .

Tarda en venir a este dolor adonde vienes,  
a este mundo terrible en duelos y en espantos;  
duerme bajo los Angeles, sueña bajo los santos,  
que ya tendrás la Vida para que te envenenes . . .

Sueña, hijo mío, todavía, y cuando crezcas,  
perdóname el fatal don de darte la vida  
que yo hubiera querido de azul y rosas frescas;  
pues tú eres la crisálida de mi alma entristecida,  
y te he de ver en medio del triunfo que merezcas  
renovando el fulgor de mi psique abolida.  
(1905)

## MELANCOLIA

A Domingo Bolívar

HERMANO, tú que tienes la luz, dime la mía.  
Soy como un ciego. Voy sin rumbo y ando a tientas.  
Voy bajo tempestades y tormentas,  
ciego de ensueño y loco de armonía.

Ése es mi mal. Sofiar. La poesía  
es la camisa férrea de mil puntas cruentas  
que llevo sobre el alma. Las espinas sangrientas  
dejan caer las gotas de mi melancolía.

Y así voy, ciego y loco, por este mundo amargo;  
a veces me parece que el camino es muy largo,  
y a veces que es muy corto . . .

Y en este titubeo de aliento y agonía,  
carga lleno de penas lo que apenas soporto.  
¿No oyes caer las gotas de mi melancolía?  
(¿1903?)

DE O T O N O

Yo sé que hay quienes dicen: ¿Por qué no canta ahora  
con aquella locura armoniosa de antaño?  
Ésos no ven la obra profunda de la hora,  
la labor del minuto y el prodigio del año.

Yo, pobre árbol, produje, al amor de la brisa,  
cuando empecé a crecer, un vago y dulce són.  
Pasó ya el tiempo de la juvenil sonrisa:  
¡Dejad al huracán mover mi corazón!  
(1904)

## NOCTURNO

A Mariano de Cavia

Los que auscultasteis el corazón de la noche,  
los que por el insomnio tenaz habéis oído  
el cerrar de una puerta, el resonar de un coche  
lejano, un eco vago, un ligero ruido . . .

En los instantes del silencio misterioso,  
cuando surgen de su prisión los olvidados,  
en la hora de los muertos, en la hora del reposo,  
¡sabréis leer estos versos de amargor impregnados! . . .

Como en un vaso vierto en ellos mis dolores  
de lejanos recuerdos y desgracias funestas,  
y las tristes nostalgias de mi alma, ebria de flores,  
y el dueño de mi corazón, triste de fiestas.

Y el pesar de no ser lo que yo hubiera sido,  
la pérdida del reino que estaba para mí,  
el pensar que un instante pude no haber nacido,  
¡y el sueño que es mi vida desde que yo nací!

Todo esto viene en medio del silencio profundo  
en que la noche envuelve la terrena ilusión,  
y siento como un eco del corazón del mundo  
que penetra y conmueve mi propio corazón.

ALLA LEJOS

BUEY QUE vi en mi niñez echando vaho un día  
bajo el nicaragüense sol de encendidos oros,  
en la hacienda fecunda, plena de la armonía  
del trópico; paloma de los bosques sonoros  
del viento, de las hachas, de pájaros y toros  
salvajes, yo os saludo, pues sois la vida mía.

Pesado buey, tú evocas la dulce madrugada  
que llamaba a la ordeña de la vaca lechera,  
cuando era mi existencia toda blanca y rosada,  
y tú, paloma arrulladora y montañera,  
significas en mi primavera pasada  
todo lo que hay en la divina Primavera.

## EL CANTO ERRANTE

EL CANTOR va por todo el mundo  
sonriente o meditabundo.

El cantor va sobre la tierra  
en blanca paz o en roja guerra.

Sobre el lomo del elefante  
por la enorme India alucinante.

En palanquín y en seda fina  
por el corazón de la China;  
en automóvil en Lutecia;  
en negra góndola en Venecia;  
sobre las pampas y los llanos  
en los potros americanos;  
por el río va en la canoa,  
o se le ve sobre la proa  
de un *steamer* sobre el vasto mar,  
o en un vagón de *sleeping-car*.

El dromedario del desierto,  
barco vivo, le lleva a un puerto.

Sobre el raudal trineo trepa  
en la blancura de la estepa.

O en el silencio de cristal  
que ama la aurora boreal.

El cantor va a pie por los prados,  
entre las siembras y ganados.

Y entra en su Londres en el tren,  
y en asno a su Jerusalén.

Con estafetas y con malas,  
va el cantor por la humanidad.

El canto vuela, con sus alas:  
Armonía y Eternidad.

## MOMOTOMBO

*O vieux Momotombo, colosse chauve et nu...*

V. H.

EL TREN iba rodando sobre sus rieles. Era  
en los días de mi dorada primavera  
y era en mi Nicaragua natal.

De pronto, entre las copas de los árboles, vi  
un cono gigantesco, "calvo y desnudo", y  
lleno de antiguo orgullo triunfal.

Ya había yo leído a Hugo y la leyenda  
que Squier le enseñó. Como una vasta tienda  
vi aquel coloso negro ante el sol,  
maravilloso de majestad. Padre viejo  
que se duplica en el armonioso espejo  
de un agua perla, esmeralda, col.

Agua de un vario verde y de un gris tan cambiante,  
que discernir no deja su ópalo y su diamante,  
a la vasta llama tropical.  
Momotombo se alzaba lírico y soberano,  
yo tenía quince años: ¡una estrella en la mano!  
Y era en mi Nicaragua natal.

Ya estaba yo nutrido de Oviedo y de Gomara,  
y mi alma florida soñaba historia rara,  
fábula, cuento, romance, amor  
de conquistas, victorias de caballeros bravos,  
incas y sacerdotes, prisioneros y esclavos,  
plumas y oro, audacia, esplendor.

Y llegué y vi en las nubes la prestigiosa testa  
de aquel cono de siglos, de aquel volcán de gesta,  
que era ante mí de revelación.

Señor de las alturas, emperador del agua,  
a sus pies el divino lago de Managua,  
con islas todas luz y canción.

¡Momotombo! —exclamé— ¡oh nombre de epopeya!  
Con razón Hugo el grande en tu onomatopeya  
ritmo escuchó que es de eternidad.  
Dijérase que fueses para las sombras dique,  
desde que oyera el blanco la lengua del cacique  
en sus discursos de libertad.

Padre de fuego y piedra, yo te pedí ese día  
tu secreto de llamas, tu arcano de armonía  
la iniciación que podías dar;  
por ti pensé en lo inmenso de Osas y Peliones,  
en que arriba hay titanes en las constelaciones  
y abajo dentro la tierra y el mar.

¡Oh Momotombo ronco y sonoro! Te amo  
porque a tu evocación vienen a mí otra vez,  
obedeciendo a un íntimo reclamo,  
perfumes de mi infancia, brisas de mi niñez.

¡Los estandartes de la tarde y de la aurora!  
Nunca los vi más bellos que alzados sobre ti,  
toda zafir la cúpula sonora  
sobre los triunfos de oro, de esmeralda y rubí.

Cuando las babilonias del Poniente  
en purpúreas catástrofes hacia la inmensidad  
rodaban tras la augusta soberbia de tu frente,  
eras tú como el símbolo de la Serenidad.



En tu incesante hornalla vi la perpetua guerra,  
en tu roca unidades que nunca acabarán.  
Sentí en tus terremotos la brama de la tierra  
y la inmortalidad de Pan.

¡Con un alma volcánica entré en la dura vida,  
Aquilón y huracán sufrió mi corazón  
y de mi mente mueven la cimera encendida  
huracán y Aquilón!

Tu voz escuchó un día Cristóforo Colombo;  
Hugo cantó tu gesta legendaria. Los dos  
fueron como tú, enormes, Momotombo,  
montañas habitadas por el fuego de Dios.

¡Hacia el misterio caen poetas y montañas;  
y romperáse el cielo de cristal  
cuando luchen sonando de Pan las siete cañas  
y la trompeta del Juicio Final!  
(1907)

TUTECOTZIMI

AL CAVAR en el suelo de la ciudad antigua,  
la metálica punta de la piqueta choca  
con una joya de oro una labrada roca,  
una flecha, un fetiche, un dios de forma ambigua,  
o los muros enormes de un templo. Mi piqueta  
trabaja en el terreno de la América ignota.

¡Suene armoniosa mi piqueta de poeta!  
¡Y descubra oro y ópalos y rica piedra fina,  
templo, o estatua rota!  
Y el misterio jeroglífico adivina  
la Musa.

De la temporal bruma surge la vida extraña  
de pueblos abolidos; la leyenda confusa  
se ilumina; revela secretos la montaña  
en que se alza la ruina.

Los centenarios árboles saben de procesiones,  
de luchas y de ritos inmemoriales. Canta  
un zenzontle: Qué canta? ¿Un canto nunca oído?  
El pájaro en un ídolo ha fabricado el nido.  
(Ese canto escucharon las mujeres toltecas  
y deleitó al soberbio príncipe Moctezuma.)  
Mientras el puma hace crujir las hojas secas  
el quetzal muestra al iris la gloria de su pluma  
y los dioses animan de la fuente el acento.  
Al caer de la tarde un poniente sangriento  
tiende su palio bárbaro; y de una rara lira  
lleva la lengua musical el vago viento.

Y Netzahualcōyotl, el poeta, suspira.

Cuaucmichin, el cacique sacerdotal y noble,  
viene de caza. Síguete fila apretada y doble  
de sus flecheros ágiles. Su aire es bravo y triunfal.

Sobre su frente lleva brufido cerco de oro;  
y vese, al sol que se alza del florestal sonoro,  
que en la diadema tiembla la pluma de un quetzal.

Es la mañana mágica del encendido trópico,  
como una gran serpiente camina el río hidrópico  
en cuyas aguas glaucas las hojas secas van.  
El lienzo cristalino sopló sutil arruga,  
el combo caparacho que arrastra la tortuga,  
o la crestada cola de hierro del caimán.

Junto al verdoso charco, sobre las piedras toscas,  
rubí, cristal, zafiro, las susurrantes moscas  
del vaho de la tierra pasan cribando el tul;  
e intacta con su veste de terciopelo rico,  
abanicando el lodo con su doble abanico,  
está como extasiada la mariposa azul.

Las selvas foscas vibran con el calor del día;  
al viento el pavo negro su grito agudo fia,  
y el grillo aturde el verde, tupido carrizal;  
un pájaro del bosque remeda un són de cuerno;  
prolonga la cigarra su chincharchar eterno  
y el grito de su pito repite el pito-real.

Los altos aguacates invade ágil la ardilla,  
su cola es un plumero, su ojo pequeño brilla,  
sus dientes llueven fruta del árbol productor;  
y con su vuelo rápido que espanta el avispero,  
pasa el bribón y oscuro sanate-clarinero  
llamando al compañero con áspero clamor.

Su vasto aliento lanzan los bosques primitivos,  
vuelan al menor ruido los quetzales esquivos,  
sobre la aristoloquia revuela el colibrí;  
y junto a la parásita lujosa está la iguana,  
como hija misteriosa de la montaña indiana  
que anima el teutl oculto del sacro teocalí.

El gran cacique deja los bosques de esmeralda;  
camina a su palacio, el carcaj a la espalda,  
carcaj dorado y fino que brilla al rubio sol.  
Tras él van los flecheros; y en hombros de los siervos,  
ensangrentando el suelo, los montaraces ciervos  
que hirió la caña elástica del firme huiscoyol.

Camina. Llega al regio palacio el jefe noble.  
De las cuadradas puertas en el quicio de roble,  
de Otzotskij, su tierna hija, ve el flamante huepil.  
Súbito se oye un sordo rumor de voz profunda.  
¿Es la onda del Motagua que la ciudad inunda?  
No, cacique; ese ruido es del pueblo pipil.

Como torrente humano que ruge y se desborda,  
con un clamor terrible que la ciudad asorda,  
hacia el palacio vienen los hijos de Ahuitzol.  
Primero, revestidos de cien plumajes varios,  
los altos sacerdotes, los ricos dignatarios,  
que llevan con orgullo sus mantos tornasol.

Después, van los guerreros, los de brazos membrudos,  
los que metal y cuernó tienen en sus escudos,  
soldados de Sakulen, soldados de Nebaj;  
por último, zahareños, cobrizos y salvajes,  
el cuerpo nudo y rojo de míticos tatuajes,  
ixiles de la sierra, con arcos y carcaj.

Como a la roca el río circundan el palacio.  
Sus voces redobladas se elevan al espacio  
como voz de montaña y voz de tempestad:  
hay jóvenes robustos de fieros aires regios,  
ancianos centenarios que saben sortilegios,  
brujos que invocar osan al gran Tamagastad.

Y a la cabeza marcha con noble continente  
Tekij, que es el poeta litúrgico y valiente,  
que en su pupila tiene la luz de la visión.

Lleva colgado al cuello un quetzalcoatl de oro;  
lleva en los pics velludos caites de piel de toro;  
y alza la frente, altivo como un joven león.

Del palacio en la puerta vese erguido el cacique.  
Tekij alza sus brazos. Su gesto, como un dique,  
contiene el gran torrente de agitación y voz.  
Cuaucmichín, orgulloso, se apoya en su arco elástico,  
y teniendo en sus labios como un rictus sarcástico,  
pone en sus pardas cejas una curva feroz.

Curva de donde lanza cual flecha su mirada  
sobre las mil cabezas de la turba apiñada,  
curva como la curva del arco de Hurakán.  
Y Tekij habla al príncipe que le escucha impasible:  
y lleva el aire tórrido la palabra terrible,  
como el divino trueno de la ira de un Titán.

—“Cuaucmichín, la montaña te habla en mi lengua, ahora.  
La tierra está enojada, la raza pipil llora,  
y tu nahual maldice, serpiente-tacuazín.  
Eres cobarde fiera que reina en el ganado.  
¿Por qué de los pipiles la sangre has derramado  
como tigre del monte, Cuaucmichín, Cuaucmichín?

¡Cuaucmichín! El octavo rey de los mexicanos  
era grande. Si abría los dedos de sus manos,  
más de un millón de flechas obscurecía el sol.  
Era de oro macizo su silla y su consejo.  
Tenía en mucho al sabio; pedía juicio al viejo;  
su maza era pesada; llamábase Ahuítzol.

Quelenes, zapotecas, tendales, katchikeles,  
los mames que se adornan con ópalos y pieles,  
los jefes aguerridos del bélico kiché,  
terrían los embates del fuerte mexicano  
que tuvo, como tienen los dioses, en la mano  
la flecha que en el trueno relampaguear se ve.

Él quiso ser pacífico y engrandecer un día  
su reino. Eso era justo. Y en Guatemala había  
tierra fecunda y virgen, montañas que poblar.  
Mandó Ahuitzol cinco hombres a conquistar la tierra,  
sin lanzas, sin escudos y sin carcaj de guerra,  
sin fuerzas poderosas ni pompa militar.

Eran cinco pipiles; eran los Padres nuestros;  
eran cultivadores, agricultores, diestros  
en prácticas pacíficas; sembraban el añil,  
cocían argamasas, vendían picos y aves;  
así fundaron, rústicos, espléndidos y suaves,  
los prístinos cimientos del pueblo del pipil.

Pipil, es decir, niño. Eso es ingenuo y franco.  
Vino un anciano entre ellos con el cabello blanco,  
y a ése miraban todos como una majestad.  
Vino un mancebo hermoso que abría al monte brechas,  
que lanzaba a las águilas sus voladoras flechas,  
y que cantaba alegre bajo la tempestad.

El Rey murió; la muerte es reina de los reyes.  
Nuestros padres formaron nuestras sagradas leyes;  
hablaron con los dioses en lengua de verdad.  
Y un día, en la floresta, Votán dijo a un anciano  
que él no bebía sangre del sacrificio humano,  
que sangre es chicha roja para Tamagastad.

Por eso los pipiles jamás se la ofrecimos,  
del plátano fragante cortamos los racimos  
para ofrecérselos al dios sagrado y fiel.  
La sangre de las bestias el cuchillo derrame;  
mas sangre de pipiles, oh Cuaucmichín infame,  
ayer has ofrecido en holocausto cruel.”

—“Yo soy el sacerdote cacique y combatiente!”  
Tal ha rugido el jefe. Tekij grita a la gente:  
—“Puesto que el tigre muestra las garras, sea, pues.”

Y, como la tormenta, los clamores humanos,  
sobre cabezas ásperas, sobre crispadas manos,  
se calman un instante para tornar después.

—“¡Flecheros, al combate!”, clama el fuerte cacique,  
y cual si no existiese quien el ataque indique,  
se quedan los flecheros inmóviles, sin voz.

—“¡Flecheros, muerte al tigre!”, responde un indio fiero.  
Tekij alza los brazos y quédase el flechero  
deteniendo el empuje de la flecha veloz.

Y Tekij: “¡Es indigno de la flecha o la lanza!

¡La tierra se estremece para clamar venganza!  
¡A las piedras, pipiles!”

Quando el grito feroz  
de los castigadores calló y el jefe odiado  
en sanguinoso fango quedó despedazado  
viose pasar un hombre cantando en alta voz  
un canto mexicano. Cantaba cielo y tierra,  
alababa a los dioses, maldecía la guerra.  
Llamáronle: —“¿Tú cantas paz y trabajo?”—“Sí.”  
—“Toma el palacio, el campo, carcajes y huepiles;  
celebra a nuestros dioses, dirige a los pipiles.”  
Y así empezó el reinado de Tutecotzimí.  
1890 [1892]

NOCTURNO

SILENCIO de la noche, doloroso silencio  
nocturno... ¿Por qué el alma tiembla de tal manera?  
Oigo el zumbido de mi sangre,

dentro mi cráneo pasa una suave tormenta.  
¡Insomnio! No poder dormir, y, sin embargo,  
soñar. Ser la auto-pieza  
de disección espiritual, ¡el auto-Hamlet!  
Diluir mi tristeza  
en un vino de noche  
en el maravilloso cristal de las tinieblas...  
Y me digo: ¿a qué hora vendrá el alba?  
Se ha cerrado una puerta...  
Ha pasado un transeúnte...  
Ha dado el reloj trece horas... ¡Si será Ella!...  
(1907)



## EPÍSTOLA

A la señora de Leopoldo Lugones

### I

MADAME Lugones, j'ai commencé ces vers  
en écoutant la voix d'un carillon d'Anvers . . .  
¡Así empecé, en francés, pensando en Rodenbach  
cuando hice hacia el Brasil una fuga . . . de Bach!

En Río de Janeiro iba yo a proseguir,  
poniendo en cada verso el oro y el zafir  
y la esmeralda de esos pájaros-moscas  
que melifican entre las áureas siestas foscas  
que temen los que temen el cruel vómito negro.  
Ya no existe allá fiebre amarilla. ¡Me alegro!  
*Et pour cause.* Yo pan-americanicé  
con un vago temor y con muy poca fe  
en la tierra de los diamantes y la dicha  
tropical. Me encantó ver la vera machicha,  
mas encontré también un gran núcleo cordial  
de almas llenas de amor, de ensueños, de ideal.  
Y si había un calor atroz, también había  
todas las consecuencias y ventajas del día,  
en panorama igual al de los cuadros y hasta  
igual al que pudiera imaginarse . . . Basta.  
Mi ditirambo brasileño es ditirambo  
que aprobaría tu marido. *Arcades ambo.*

### II

Mas al calor de ese Brasil maravilloso,  
tan fecundo, tan grande, tan rico, tan hermoso,  
a pesar de Tijuca y del cielo opulento,

a pesar de ese foco vivaz de pensamiento,  
a pesar de Nabuco, embajador, y de  
los delegados panamericanos que  
hicieron lo posible por hacer cosas buenas,  
saboreé lo ácido del saco de mis penas;  
quiero decir que me enfermé. La neurastenia  
es un don que me vino con mi obra primigenia.  
¡Y he vivido tan mal, y tan bien, cómo y tanto!  
¡Y tan buen comedor guardo bajo mi manto!  
¡Y tan buen bebedor tengo bajo mi capa!  
¡Y he gustado bocados de cardenal y papa! . . .  
Y he exprimido la ubre cerebral tantas veces,  
que estoy grave. Esto es mucho ruido y pocas nueces,  
según dicen doctores de una sapiencia suma.  
Mis dolencias se van en ilusión y espuma.  
Me recetan que no haga nada ni piense nada,  
que me retire al campo a ver la madrugada  
con las alondras y con Garcilaso, y con  
el *sport*. ¡Bravo! Sí. Bien. Muy Bien. ¿Y *La Nación*?  
¿Y mi trabajo diario y preciso y fatal?  
¿No se sabe que soy cónsul como Stendhal?  
Es preciso que el médico que eso recete, dé  
también libro de cheques para el Crédit Lyonnais,  
y envíe un automóvil devorador del viento,  
en el cual se pasee mi egregio aburrimiento,  
harto de profilaxis, de ciencia y de verdad.

III

En fin, convaleciente, llegué a nuestra ciudad  
de Buenos Aires, no sin haber escuchado  
a mister Root a bordo del *Charleston* sagrado;  
mas mi convalecencia duró poco. ¿Qué digo?  
Mi emoción, mi entusiasmo y mi recuerdo amigo,  
y el banquete de *La Nación*, que fue estupendo,

y mis viejas seringas con su pánico estruendo,  
y ese fervor porteño, ese perpetuo arder,  
y el milagro de gracia que brota en la mujer  
argentina, y mis ansias de gozar de esa tierra,  
me pusieron de nuevo con mis nervios en guerra.  
Y me volví a París. Me volví al enemigo  
terrible, centro de la neurosis, ombligo  
de la locura, foco de todo *surmenage*  
donde hago buenamente mi papel de *sawage*  
encerrado en mi celda de la rue Marivaux,  
confiando sólo en mí y resguardando el yo.  
¡Y si lo resguardara, señora, si no fuera  
lo que llaman los parisienses una *peral*!  
A mi rincón me llegan a buscar las intrigas,  
las pequeñas miserias, las traiciones amigas,  
y las ingratitudes. Mi maldita visión  
sentimental del mundo me aprieta el corazón,  
y así cualquier tunante me explotará a su gusto.  
Soy así. Se me puede burlar con calma. Es justo.  
Por eso los astutos, los listos, dicen que  
no conozco el valor del dinero. ¡Lo sé!  
Que ando, nefelibata, por las nubes... Entiendo.  
Que no soy hombre práctico en la vida... ¡Estupendo!  
Sí, lo confieso: soy inútil. No trabajo.  
por arrancar a otro su pitanza; no bajo  
a hacer la vida sórdida de ciertos previsores.  
Yo no ahorro ni en seda, ni en champafia, ni en flores.  
No combino sutiles pequeñeces, ni quiero  
quitarle de la boca su pan al compañero.  
Me complace en los cuellos blancos ver los diamantes.  
Gusto de gentes de maneras elegantes  
y de finas palabras y de nobles ideas.  
Las gentes sin higiene ni urbanidad, de feas  
trazas, avaros, torpes, o malignos y rudos,  
mantienen, lo confieso, mis entusiasmos mudos.

No conozco el valor del oro . . . ¿Saben esos  
que tal dicen lo amargo del jugo de mis sesos,  
del sudor de mi alma, de mi sangre y mi tinta,  
del pensamiento en obra y de la idea encinta?  
¿He nacido yo acaso hijo de millonario?  
¿He tenido yo Cirineo en mi Calvario?

IV

Tal continué en París lo empezado en Anvers.  
Hoy, heme aquí en Mallorca, *la terra dels foners*,  
como dice Mossen Cinto, el gran Catalán.  
Y desde aquí, señora, mis versos a ti van,  
olorosos a sal marina y azahares,  
al suave aliento de las islas Baleares.  
Hay un mar tan azul como el Partenopeo.  
Y al azul celestial, vasto como un deseo,  
su techo cristalino brufie con a sol de oro.  
Aquí todo es alegre, fino, sano y sonoro.  
Barcas de pescadores sobre la mar tranquila  
descubro desde la terraza de mi *villa*,  
que se alza entre las flores de su jardín fragante,  
con un monte detrás y con la mar delante.

V

A veces me dirijo al mercado, que está  
en la Plaza Mayor. (¿Qué Coppée, no es verdad?)  
Me rozo con un núcleo cespso de muchedumbre  
que viene por la carne, la fruta y la legumbre.  
Las mallorquinas usan una modesta falda,  
pañuelo en la cabeza y la trenza a la espalda.  
Esto, las que yo he visto, al pasar, por supuestó.  
Y las que no la lleven no se enojen por esto.  
He visto unas payesas con sus negros corpiños,

con cuerpos de odaliscas y con ojos de niños;  
 y un velo que les cae por la espalda y el cuello,  
 dejando al aire libre lo obscuro del cabello.  
 Sobre la falda clara, un delantal vistoso.  
 Y saludan con un *bon día tengui* gracioso,  
 entre los cestos llenos de patatas y coles,  
 pimientos de corales, tomates de arreboles,  
 sonrosadas cebollas, melones y sandías,  
 que hablan de las Arabias y las Andalucías.  
 Calabazas y nabos para ofrecer asuntos  
 a Madame Noailles y Francis Jammes juntos.

A veces me detengo en la plaza de abastos  
 como si respirase soplos de vientos vastos,  
 como si se me entrase con el respiro el mundo.  
 Estoy ante la casa en que nació Raimundo  
 Lulio. Y en ese instante mi recuerdo me cuenta  
 las cosas que le dijo la Rosa a la Pimienta . . .  
 ¡Oh, cómo yo diría el sublime destierro  
 y la lucha y la gloria del mallorquín de hierro!  
 ¡Oh, cómo cantaría en un carmen sonoro  
 la vida, el alma, el numen, del mallorquín de oro!  
 De los hondos espíritus es de mis preferidos.  
 Sus robles filosóficos están llenos de nidos  
 de ruiseñor. Es otro y es hermano del Dante.  
 ¡Cuántas veces pensara su verbo de diamante  
 delante la Sorbona vieja del París sabio!  
 ¡Cuántas veces he visto su infolio y su astrolabio  
 en una bruma vaga de ensueño, y cuántas veces  
 le oí hablar a los árabes cual Antonio a los peces,  
 en un imaginar de pretéritas cosas  
 que, por ser tan antiguas, se sienten tan hermosas!

VI

Hice una pausa.

El tiempo se ha puesto malo. El mar  
a la furia del aire no cesa de bramar.

El temporal no deja que entren los vapores. Y

un *yacht* de lujo busca refugio en Porto-Pi.

Porto-Pi es una rada cercana y pintoresca.

Vista linda: aguas bellas, luz dulce y tierra fresca.

¡Ah, señora, si fuese posible a algunos el  
dejar su Babilonia, su Tiro, su Babel,  
para poder venir a hacer su vida entera  
en esta luminosa y espléndida ribera!

Hay no lejos de aquí un archiduque austriaco  
que las pomas de Ceres y las uvas de Baco  
cultiva, en un retiro archiducal y egregio.  
Hospeda como un monje —y el hospedaje es regio—.

Sobre las rocas se alza la mansión señorial  
y la isla le brinda ambiente imperial.

Es un pariente de Jean Orth. Es un atrida  
que aquí ha encontrado el cierto secreto de su vida.

Es un cuerdo. Aplaudamos al príncipe discreto  
que aprovecha a la orilla del mar ese secreto.

La isla es florida y llena de encanto en todas partes.

Hay un aire propicio para todas las artes.

El Pollensa ha pintado Santiago Rusiñol  
cosas de flor de luz y de seda de sol.

Y hay villa de retiro espiritual famosa:

La literata Sand escribió en Valldemosa  
un libro. Ignoro si vino aquí con Musset,  
y si la vampiresa sufrió o gozó, no sé. \*

\* He leído ya el libro que hizo Aurora Dupín.  
Fué Chopín el amante aquí. ¡Pobre Chopín! . . .

¿Por qué mi vida errante no me trajo a estas sanas  
costas antes de que las prematuras canas  
de alma y cabeza hicieran de mí la mezcolanza  
formada de tristeza, de vida y esperanza?  
¡Oh, qué buen mallorquín me sentiría ahora!  
¡Oh, cómo gustaría sal de mar, miel de aurora,  
al sentir como en un caracol en mi cráneo  
el divino y eterno rumor mediterráneo!  
Hay en mí un griego antiguo que aquí descansó un día,  
después que le dejaron loco de melodía  
las sirenas rosadas que atrajeron su barca.  
Cuanto mi ser respira, cuanto mi vista abarca,  
es recordado por mis íntimos sentidos;  
los aromas, las luces, los ecos, los ruidos,  
como en ondas atávicas me traen aforanzas  
que forman mis ensueños, mis vidas y esperanzas.  
Mas, ¿dónde está aquel templo de mármol, y la gruta  
donde mordí aquel seno dulce como una fruta?  
¿Dónde los hombres ágiles que las piedras redondas  
recogían para los cueros de sus hondas? . . .

Calma, calma. Esto es mucha poesía, señora.  
Ahora hay comerciantes muy modernos. Ahora  
mandan barcos prosaicos la dorada Valencia,  
Marsella, Barcelona y Génova. La ciencia  
comercial es hoy fuerte y lo acapara todo.

Entretanto, respiro mi salitre y mi yodo  
brindados por las brisas de aqueste golfo inmenso,  
y a un tiempo, como Kant y como el asno, pienso.  
Es lo mejor.

## VII

Y aquí mi epístola concluye.  
Hay un ansia de tiempo que de mi pluma fluye  
a veces, como hay veces de enorme economía.

“Si hay, he dicho, señora, alma clara, es la mía.”  
Mirame transparentemente, con tu marido,  
y guárdame lo que tú puedas del olvido.

*(Anvers-Buenos Aires-París  
Palma de Mallorca, MCMVI)*



## POEMA DEL OTOÑO

Tú, que estás la barba en la mano  
meditabundo,  
¿has dejado pasar, hermano,  
la flor del mundo?

Te lamentas de los ayeres  
con quejas vanas:  
¿aún hay promesas de placeres  
en los mañanas!

Aún puedes casar la olorosa  
rosa y el lis,  
y hay mirtos para tu orgullosa  
cabeza gris.

El alma ahita cruel inmola  
lo que la alegra,  
como Zingua, reina de Angola,  
lúbrica negra.

Tú has gozado de la hora amable,  
y oyes después  
la imprecación del formidable  
Eclesiastés.

El domingo de amor te hechiza;  
mas mira cómo  
llega el miércoles de ceniza;  
*Memento, homo . . .*

Por eso hacia el florido monte  
las almas van,  
y se explican Anacreonte  
y Omar Kayam.

Huyendo del mal, de improviso  
se entra en el mal,  
por la puerta del paraíso  
artificial.

Y, no obstante, la vida es bella,  
por poseer  
la perla, la rosa, la estrella  
y la mujer.

Lucifer brilla. Canta el ronco  
mar. Y se pierde  
Silvano oculto tras el tronco  
del haya verde.

Y sentimos la vida pura,  
clara, real,  
cuando la envuelve la dulzura  
primaveral.

¿Para qué las envidias viles  
y las injurias,  
cuando retuercen sus reptiles  
pálidas furias?

¿Para qué los odios funestos  
de los ingratos?  
¿Para qué los lividos gestos  
de los Pilatos?

¡Si lo terreno acaba, en suma,  
cielo e infierno,  
y nuestras vidas son la espuma  
de un mar eterno!

Lavemos bien de nuestra veste  
la amarga prosa;  
soñemos en una celeste,  
mística rosa.

Cojamos la flor del instante;  
¡la melodía  
de la mágica alondra cante  
la miel del día!

Amor a su fiesta convida  
y nos corona.  
Todos tenemos en la vida  
nuestra Verona.

Aun en la hora crepuscular  
canta una voz:  
“¡Ruth, risueña, viene a cospigar  
para Booz!”

Mas coged la flor del instante,  
cuando en Oriente  
nace el alba para el fragante  
adolescente.

¡Oh! Niño que con Eros juegas,  
niños lozanos,  
danzad como las ninfas griegas  
y los silvanos.

El viejo tiempo todo roe  
y va de prisa;  
sabed vencerle, Cintia, Cloe  
y Cidalisa.

Trocad por rosas, azahares,  
que suena el són  
de aquel Cantar de los Cantares  
de Salomón.

Priapo vela en los jardines  
que Cipris huella;  
Hecate hace aullar los mastines;  
mas Diana es bella,

y apenas envuelta en los velos  
de la ilusión,  
baja a los bosques de los cielos  
por Endimión.

¡Adolescencia! Amor te dora  
con su virtud;  
goza del beso de la aurora,  
¡oh juventud!

¡Desventurado el que ha cogido  
tarde la flor!  
Y ¡ay de aquel que nunca ha sabido  
lo que es amor!

Yo he visto en tierra tropical  
la sangre arder,  
como en un cáliz de cristal,  
en la mujer.

Y en todas partes la que ama  
y se consume  
como una flor hecha de llama  
y de perfume.

Abrasaos en esa llama  
y respirad  
ese perfume que embalsama  
la Humanidad.

Gozad de la carne, ese bien  
que hoy nos hechiza,  
y después se tornará en  
polvo y ceniza.

Gozad del sol, de la pagana  
luz de sus fuegos;  
gozad del sol, porque mañana  
estaréis ciegos.

Goza de la dulce armonía  
que a Apolo invoca;  
goza del canto, porque un día  
no tendréis boca.

Goza de la tierra, que un  
bien cierto encierra;  
goza, porque no estáis aún  
bajo la tierra.

Apartad el temor que os huela  
y que os restringe;  
la paloma de Venus vuela  
sobre la Esfinge.

Aún vencen muerte, tiempo y hado  
las amorosas;  
en las tumbas se han encontrado  
mirtos y rosas.

Aún Anadiómena en sus lidias  
nos da su ayuda;  
aún resurge en la obra de Fidias  
Friné desnuda.

Vive el bíblico Adán robusto,  
de sangre humana,  
y aún siente nuestra lengua el gusto  
de la manzana.

Y hace de este globo viviente  
fuerza y acción  
la universal y omnipotente  
fecundación.

El corazón del cielo late  
por la victoria  
de este vivir, que es un combate  
y es una gloria.

Pues aunque hay pena y nos agravia  
el sinó adverso,  
en nosotros corre la savia  
del universo.

Nuestro cráneo guarda el vibrar  
de tierra y sol,  
como el ruido de la mar  
el caracol.

La sal del mar en nuestras venas  
va a borbotones;  
tenemos sangre de sirenas  
y de tritones.

A nosotros encinas, lauros,  
frondas espesas;  
tenemos carne de centauros  
y satiresas.

En nosotros la Vida vierte  
fuerza y calor.  
¡Vamos al reino de la Muerte  
por el camino del Amor!  
(1908)

## INTERMEZZO TROPICAL

### I

#### MEDIODÍA

*Midi, roi des étés*, como cantaba el eriollo francés. Un mediodía ardiente. La isla quema. Arde el escollo, y el azul fuego envía.

Es la isla del Cardón, en Nicaragua. Pienso en Grecia, en Morea o en Zacinto. Pues al brillo del cielo y al cariño del agua se alza enfrente una tropical Corinto.

Penachos verdes de palmeras. Lejos, ruda de antigüedad, grave de mito, la tribu en roca de volcanes viejos, que, como todo, aguarda su instante de infinito.

Un ave de rapiña pasa a pescar, y torna con un pez en las garras.

Y sopla un vaho de horno que abochorna y tuesta en oro las cigarras.

(1907)

### II

#### VESPERAL

HA PASADO la siesta  
y la hora del Poniente se avecina,  
y hay ya frescor en esta  
costa, que el sol del Trópico calcina.  
Hay un suave alentar de aura marina,  
y el Occidente finge una floresta  
que una llama de púrpura ilumina.

POETAS MODERNISTAS DE NICARAGUA

Sobre la arena dejan los cangrejos  
la ilegible escritura de sus huellas.  
Conchas color de rosa y de reflejos  
áureos, caracolillos y fragmentos de estrellas  
de mar forman alfombra  
sonante al paso en la armoniosa orilla.  
Y cuando Venus brilla,  
dulce, imperial amor de la divina tarde,  
creo que en la onda suena  
o són de lira, o canto de sirena.  
Y en mi alma otro lucero como el de Venus arde.  
(1907)



## RETORNO

EL RETORNO a la tierra natal ha sido tan sentimental, y tan mental, y tan divino, que aún las gotas del alba cristalinas están en el jazmín de ensueño, de fragancia y de trino.

Por el Anfión antiguo y el prodigio del canto se levanta una gracia de prodigio y encanto que une carne y espíritu, como en el pan y el vino. En el lugar en donde tuve la luz y el bien, ¿qué otra cosa podría sino besar el manto a mi Roma, mi Atenas o mi Jerusalén?

Exprimidos de idea, y de orgullo y cariño, de esencia de recuerdo, de arte de corazón, concreto ahora todos mis ensueños de niño sobre la crin anciana de mi amado León.

Bendito el dromedario que a través del desierto condujera al Rey Mago, de aureolada sien, y que se dirigía por el camino cierto en que el astro de oro conducía a Belén.

Amapolas de sangre y azucenas de nieve he mirado no lejos del divino laurel, y he sabido que el vino de nuestra vida breve precipita hondamente la ponzoña y la hiel.

Mas sabe el optimista, religioso y pagano, que por César y Orfeo nuestro planeta gira, y que hay sobre la tierra que llevar en la mano, dominadora siempre, o la espada, o la lira.

El paso es misterioso. Los mágicos diamantes de la corona o las sandalias de los pies fueron de los maestros que se elevaron antes, y serán de los genios que triunfarán después.

Parece que Mercurio llevara el caduceo  
de manera triunfal en mi dulce país,  
y que brotara pura, hecha por mi deseo,  
en cada piedra una mágica flor de lis.

Por atavismo griego o por fenicia influencia,  
siempre he sentido en mí ansia de navegar,  
y Jasón me ha legado su sublime experiencia  
y el sentir en mi vida los misterios del mar.

¡Oh, cuántas veces, cuántas veces oí los sones  
de las sirenas líricas en los clásicos mares!  
¡Y cuántas he mirado tropeles de tritones  
y cortejos de ninfas ceñidas de azahares!

Cuando Pan vino a América, en tiempos fabulosos  
en que había gigantes, y conquistaban Pan  
y Baco tierra incógnita, y tigres y molosos  
custodiaban los templos sagrados de Copán,  
se celebraban cultos de estrellas y de abismos;  
se tenía una sacra visión de Dios. Y era  
ya la vital conciencia que hay en nosotros mismos  
de la magnificencia de nuestra Primavera.

Los atlántidas fueron huéspedes nuestros. Suma  
revelación un tiempo tuvo el gran Moctezuma,  
y Hugo vió en Momotombo órgano de verdad.  
A través de las páginas fatales de la historia,  
nuestra tierra está hecha de vigor y de gloriá,  
nuestra tierra está hecha para la Humanidad.

Pueblo vibrante, fuerte, apasionado, altivo;  
pueblo que tiene la conciencia de ser vivo,  
y que, reuniendo sus energías en haz  
portentoso, a la Patria vigoroso demuestra  
que puede bravamente presentar en su diestra  
el acero de guerra o el olivo de paz.

Cuando Dante llevaba a la Sorbona ciencia  
y su maravilloso corazón florentino,  
creo que concretaba el alma de Florencia,  
y su ciudad estaba en el libro divino.

Si pequeña es la Patria, uno grande la sueña.  
Mis ilusiones, y mis deseos, y mis  
esperanzas, me dicen que no hay patria pequeña.  
Y León es hoy a mí como Roma o París.

Quisiera ser ahora como el Ulises griego  
que domaba los arcos, y los barcos y los  
destinos. Quiero ahora deciros ¡hasta luego!  
Porque no me resuelvo a deciros ¡adiós!  
(1907)

TRIPTICO DE NICARAGUA

I.—Los Bufones

Recuerdo, allá en la casa familiar, dos enanos  
como los de Velázquez. El uno, varón, era  
llamado "el Capitán". Su vieja compañera  
era su madre. Y ambos parecían hermanos.

Tenían de peles, de espectros, de gusanos;  
él cojeaba, era bizco, ponía cara fiera;  
fabricaba muñecos y figuras de cera  
con sus chicas, horribles y regordetas manos.

También fingía ser obispo y bendecía;  
predicaba sermones de endemoniado enredo  
y rezaba contrito páter y *avemaria*.

Luego, enano y enana se retiraban quedo;  
y en tanto que la gente hacendada reía,  
yo, silencioso, en un rincón, tenía miedo.

EROS

Es en mi juventud, mi juventud que juega  
con versos e ilusiones, espada de oro al cinto;  
hay en mi mente un sueño siempre vario y distinto,  
y mi espíritu ágil al acaso se entrega . . .

En cada mujer miro como una ninfa griega;  
en poemas sonoros sus frescas gracias pinto;  
y esto pasa al amor del puerto de Corinto,  
o en la rica en naranjas de almíbar, Chinandega.

Tiempo lejano ya. Mas aún veo azahares  
en los naranjos verdes impregnados de aromas,  
o las viejas fragatas que llegan de los mares  
lejanos; o el hicaco, o tupidos manglares;  
o tú, rostro adorado en ese tiempo, asomas  
con primeros amores y primeros pesares.

3

TERREMOTO

MADRUGADA. En silencio reposa la gran villa  
donde de niño supe de cuentos y consejas,  
o asistí a serenatas de amor junto a las rejas  
de alguna novia bella, timorata y sencilla.

El cielo lleno de constelaciones brilla,  
y su oriente disputan suaves luces bermejas;  
de pronto, un terremoto mueve las casas viejas  
y la gente en los patios y calles se arrodilla,

medio desnuda, y clama: "¡Santo Dios! ¡Santo fuerte!  
¡Santo inmortal!" La tierra tiembla a cada momento.  
¡Algo de apocalíptica mano invisible vierte! . . .

La atmósfera es pesada como plomo. No hay viento.  
Y se diría que ha pasado la muerte.  
ante la impasibilidad del firmamento.

(1912)

N I C A R A G U A

Madre, que dar pudiste de tu vientre pequeño  
tantas rubias bellezas y tropical tesoro,  
tanto lago de azures, tanta rosa de oro,  
tanta paloma dulce, tanto tigre zahareño.

Yo te ofrezco el acero en que forjé mi empeño,  
la caja de armonía que aguarda mi tesoro,  
la peña de diamantes del Idolo que adoro  
y te ofrezco mi esfuerzo, y mi nombre y mi sueño.

¿(1888-1889)?